

Lenguaje y realidad. Entre el monismo anómalo y la fórmula monismo = pluralismo

CRISTINA PÓSLEMAN
Universidad Nacional de San Juan

Resumen: En esta ponencia nos proponemos poner en tensión los enfoques de Donald Davidson y Gilles Deleuze, pertenecientes respectivamente a la filosofía analítica y a la continental. El objetivo es detenernos en algunas zonas de tensión suscitadas alrededor de la pregunta sobre en qué medida el lenguaje determina o es determinado por lo real. Vamos a considerar cómo ambos autores abordan conjuntamente la condición de *social* y de *creativo* del lenguaje, y de esta manera nos ofrecen dos vías para enfrentar desde el monismo anómalo davidsoniano y el monismo como sinónimo de pluralismo de Deleuze al pensamiento dualista, así como para promover la democratización del uso del lenguaje. Dos líneas que, según nuestra percepción, no han sido aún lo suficientemente trabajadas en sus profundas articulaciones.

Palabras claves: realidad, dualismo, monismo, anomalismo, pluralismo

Abstract: In this paper we propose to put in tension the approaches of Donald Davidson and Gilles Deleuze, belonging respectively to the analytical and continental philosophy. The aim is to remain in some of the tense areas arising around the question of to what extent language determines or is determined by the real. We propose to consider how both authors jointly address the condition of social and creative language, and thus offer us two ways to address dualistic thinking –from Davidson’s anomalous monism and Deleuze’s monism as synonymous with pluralism– and to promote democratization of language use. Two lines which, in our perception, have not yet been sufficiently worked out regarding their deep relations.

Keywords: reality, dualism, monism, anomalism, pluralism

§ 1. Enfoque general

La pregunta sobre cómo el lenguaje se articula con lo real reúne a dos de las tradiciones fundamentales de la filosofía occidental: la analítica y la continental. En esta ponencia, nos enfocamos en dos casos, Donald Davidson y Gilles Deleuze²⁵⁷, pertenecientes respectivamente a la primera y a la segunda de las tradiciones aludidas. El objetivo es detenernos en algunas zonas de tensión suscitadas alrededor de la pregunta sobre en qué medida el lenguaje determina o es determinado por lo real.

Vamos a enmarcar, primeramente, el encuentro entre Davidson y Deleuze, en el escenario de la defensa de la metafísica, contexto que desafía la ontología tradicional así como la línea de corte positivista de la filosofía analítica. A partir de ahí, proponemos revisar qué significa que el lenguaje sea primeramente *social* para cada uno de los autores, y cómo es que esta relación es fundamental para responder la pregunta que nos moviliza. Luego, revisamos sendos abordajes de las relaciones entre lenguaje y literatura, en busca de algunas indicaciones acerca de cómo el carácter de *social* del lenguaje es inseparable de su condición de *creativo*. Es allí donde, según creemos, sendos enfoques en torno a la problemática de las articulaciones entre lenguaje y realidad muestran al desnudo sus propósitos político-epistemológicos.

Vamos a intentar el establecimiento de puentes entre tradiciones consideradas distantes e incluso inconmensurables, en vistas de –y procurando el mutuo acompañamiento– contribuir a la crítica del pensamiento dualista y a la promoción de una postura democrática del uso del lenguaje.

§ 2. Dos argumentos en defensa de la metafísica: descripción vs experimentación

Primeramente, cabe situar la articulación lenguaje y realidad en el ámbito problemático disciplinar en el que se ofrece hoy. Esta tarea nos pone frente al cuestionamiento acerca de la vigencia o no –y en qué condiciones– de la

257 Oportunamente aclaramos cuando se trate de la alusión al trabajo de Deleuze conjuntamente con Guattari.

metafísica, habida cuenta de que se trata del ámbito disciplinar que ha integrado, hasta hace un siglo, las problemáticas asociadas a lo real en sus más variadas articulaciones. Dedicamos un párrafo a esta cuestión, ya que la apelación a Davidson y a Deleuze se justifica primeramente porque ambos se encargan de refutar la rotulación de “invalidez” de la metafísica, en un caso, como la difundida “muerte”, en el otro.

La declaración de invalidez de la metafísica implica dos situaciones, ambas consecuencias de que planteando que *todo está en el lenguaje*²⁵⁸, se dibuja un horizonte de problemas que implica un barrido de las perspectivas heredadas, y la tarea de formulación de problemáticas desde un enfoque ligado más al contexto de la lógica y la matemática que al de la metafísica. Significa, por un lado, que es el caso extremo, algo así como la prescripción de todo análisis de corte filosófico tradicional; por otro, su naturalización, que podemos resumir presentando sucintamente la tesis de Quine. Esta apunta a dejar sin justificación la diferenciación entre enunciados analíticos –cuya verdad dependería únicamente del significado de los términos empleados en ellos– y sintéticos –cuya verdad dependería de su confrontación con la experiencia. Ello, partiendo de la idea de que son los aportes de las terminales sensoriales lo que da origen al esquema conceptual y que el contenido sensorial se distribuye vagamente a través de la estructura de conceptos y juicios. De lo que resulta que la filosofía se naturaliza al abrazar los principios de las ciencias empíricas²⁵⁹.

Davidson se expresa a favor de una innecesaria consideración de los problemas de la realidad, o verdad, como superfluos. Pero, a diferencia de su maestro, quien aboga por la naturalización de la filosofía, la metafísica de Davidson asume la fórmula “sólo hay en el mundo objetos, estados y eventos físicos”²⁶⁰, comprendiendo, entre ellos, objetos mentales que, sin reducir lo mental a lo físico, son considerados como objetos físicos bajo otras descripciones. De acuerdo a Davidson, lo mental es parte del mundo físico, pero no está sometido

258 Célebre proclama que identifica al llamado “giro lingüístico”, sobre todo al horizonte de debate delimitado por la influencia del *Tractatus logico-philosophicus*, de Wittgenstein, publicado por primera vez en 1921.

259 Para una profundización de la tesis de la no necesidad de distinción entre enunciados sintéticos y analíticos: cf. Davidson, Donald, *Subjetivo, objetivo, intersubjetivo*, Madrid: Cátedra, 2003, p. 265.

260 Davidson, Donald, *Mente, mundo y acción*, Barcelona: Paidós, 1992, p. 13.

a sus leyes, no porque el rasgo distintivo de lo mental sea que es privado, subjetivo o inmaterial, sino que exhibe lo que Brentano en su *Psicología desde un punto de vista empírico* llamó intencionalidad.

Deleuze constituye un caso particular dentro del escenario de los filósofos continentales. Hasta se le adjudica haber identificado filosofía con ontología, porque retoma de lleno el problema del ser²⁶¹. En este sentido, se ha interpretado la repetida cita “una sola y misma Voz para todo lo múltiple de mil caminos, un solo y mismo océano para todas las gotas, un solo clamor del ser para todos los entes (...)”²⁶² desde un enfoque dualista y no sin forzar la lectura, pasando por alto el propósito deleuziano de refutar el desdoblamiento entre esquema conceptual y realidad, o pensamiento y ser, saltando la centralidad que ocupan en relación a tal propósito los problemas filosóficos del lenguaje. Vale ejemplificar aludiendo a la teoría de la diferencia, en la que la noción de signo como *disparation*, en clave simondoniana, viene a explicar la dinámica de individuación como modulación frente a la concepción hilemórfica y frente al mecanicismo; cabe, además, mencionar la teoría de la máquina abstracta –en la que nos detenemos en este artículo– ya con Guattari, que propone que tras los enunciados, hay máquinas y que el lenguaje es función de tal. Es decir, Deleuze es un metafísico, pero un metafísico que combate la perspectiva dogmática dualista y representacionista de la metafísica y todos sus peligros.

Para Davidson, teorizar sobre la verdad o la realidad es elaborar una teoría descriptiva de las condiciones de *descripción* de la verdad –a diferencia de la ciencia que *expondría* verdades. Es decir, teorizar supondría la previa asignación de condiciones de verdad a emisiones y la asignación de estados mentales, como creencias y deseos, al agente, simultánea y recíprocamente condicionadas. Mientras que, para Deleuze y Guattari, lejos de describir, se trata de *experimentar* nuevas formas de pensar, se trata de hacer rizoma o conectar, contagiar, transducir. De la idea de signo como fulguración de la idea, a la idea de desterritorialización, insiste Deleuze en su batalla frente a la escritura burguesa, positivista, e insiste en la necesidad de la efectuación de operaciones tales como el desmontaje de todo sistema de regulación de la dinámica del signo basado en el sentido común y el buen sentido, o la tarea

261 Badiou, Alain, *Deleuze: el clamor del ser*, Buenos Aires: Manantial, 1997, p. 36.

262 Deleuze, Gilles, *Diferencia y Repetición*, Buenos Aires: Amorrortu, 2002, p. 446.

de extracción de las representaciones sociales, los agenciamientos maquínicos y de enunciación.

En resumen, en el horizonte de estas diferencias en torno a la concepción metafísica de la realidad, y de la teoría correspondiente, una teoría del lenguaje se asume respectivamente como un análisis proposicional de la verdad en clave de la convención de Tarski (cuya fórmula puede resumirse en la proposición: “la nieve es blanca” es verdadera si y sólo si la nieve es blanca²⁶³), aunque modificada y sumando como condiciones de la efectividad de esta fórmula al principio de caridad, entre otras, por el lado de Davidson²⁶⁴; y una teoría que supone que tras los enunciados y las semiotizaciones sólo hay máquinas, agenciamientos, movimientos de desterritorialización que atraviesan la estratificación de los diferentes sistemas, y que escapan tanto a las coordenadas de lenguaje como a las de existencia, por el lado de Deleuze y Guattari.

En el caso de Davidson, se trataría de un monismo anómalo: monismo, que indica la realidad y la identidad entre las esferas de lo mental y de lo físico, anómalo porque, en el caso de lo mental, se excluye la posibilidad de leyes del estatus de las que se aplican a los eventos físicos. Los eventos físicos son causas de nuestras percepciones, pero no redundan en su demostración. Mientras que, en Deleuze y Guattari, se trata de un monismo como sinónimo del pluralismo, perspectiva que postula una realidad que podemos llamar “diferencial”, o una multiplicidad de fuerzas, de singularidades, en relación a la cual el lenguaje constituye el límite mismo o la fuerza que opera la dinámica

263 En una nota al pie, Carlos Moya escribe lo siguiente: “Según la Convención T de Tarski, cualquier teoría adecuada de la verdad para un lenguaje (formal) L debe tener como consecuencia lógica, cuando la teoría está formulada tomando como metalenguaje el mismo lenguaje que es objeto de ella, teoremas de la forma siguiente: «P» es verdadera en L si, y sólo si, P, donde P es una oración cualquiera de L. De ahí el carácter *desentrecomillador* del que habla Davidson” (Davidson, Donald, *Mente, mundo y acción*, p. 76).

264 Davidson expresa: “El principio ordena al intérprete traducir o interpretar de modo tal que algunos de sus

propios criterios de verdad se lean en la estructura de oraciones que el hablante considera verdaderas. El propósito del principio es hacer inteligible al hablante, puesto que las desviaciones excesivas respecto de la coherencia y de la corrección no dejan un terreno común desde el cual juzgar el acuerdo o la diferencia. Desde un punto de vista formal, el principio de caridad ayuda a resolver el problema de la interacción del significado y la creencia al restringir los grados de libertad concedidos a la creencia mientras se determina el modo de interpretar las palabras (*ibid.*, p. 90).

entre la dimensión de lo virtual y de lo actual. No como bisagra intermediaria, sino como límite energético o cuanto de desterritorialización.

§ 3. La condición social del lenguaje

De todo ello se derivan dos concepciones distintas en torno a lo que implica el carácter de *social* que se le adjudica primeramente al lenguaje. Davidson justifica dicho carácter apelando al argumento acerca de la manera en la que se lleva a cabo su aprendizaje, el que se basa en la necesidad inexpugnable de la presencia de otros hablantes y del mundo²⁶⁵. Mientras que, enfocándonos en la semiótica de Deleuze y Guattari, la condición social del lenguaje se explica, antes que apelando a una situación de intercambio comunicacional, asumiendo el carácter de consignativo de aquél. Como expresa Lazzarato: “La función-sujeto en la comunicación y en el lenguaje no tiene nada de natural; debe ser, por el contrario, constituida e impuesta”²⁶⁶.

No obstante y como adelantamos, en ambos casos la tesis del relativismo se pone en crisis. De acuerdo a la epistemología externalista de Davidson, es necesario apelar al afuera de la mente para describir el funcionamiento del lenguaje, lo que refuta las tesis subjetivistas que incurren en la hipóstasis del esquema conceptual. Pero además, ese afuera debe ser considerado como susceptible de ser descripto y comunicado, lo que refuta las tesis realistas que recurren a la hipóstasis de una realidad más allá de la mente. Mientras que según la epistemología maquínica o diagramática de Deleuze y Guattari, el sujeto y la máquina son conjuntos de elementos, de afectos, de órganos, de flujos, de funciones articulados en el mismo plano. No se trata de aislar ninguno de los componentes de la semiótica. Los elementos, las funciones, los órganos y las fuerzas intervinientes se ligan con ciertas funciones, órganos y fuerzas de la máquina y juntos constituyen un agenciamiento²⁶⁷.

265 Cf. *ibid.*, p. 58.

266 Lazzarato, Maurizio, “La máquina”, en: *transversal – eipcp multilingual webjournal* (http://eipcp.net/transversal/1106/lazzarato/es/#_ftnref1), 2006.

267 Cf. *ibid.*

§ 4. Dos argumentos en torno a la condición creativa del lenguaje

Cabe admitir, de lo anterior, que ambos coinciden en rechazar la implicación de una realidad fuera de nuestros pensamientos tanto como una reducción a nuestros esquemas conceptuales, en la teorización del lenguaje. Vamos a considerar que justamente este acuerdo deriva en diferencias fundamentales que a continuación presentamos. Nos interesa resaltar las diferencias sobre cómo conciben el uso del lenguaje en la literatura. Nos referimos a la tesis acerca de la condición creativa del lenguaje y cómo cada uno de los filósofos la asume en función del correspondiente enfoque sobre la condición *social* del lenguaje que ambos comparten y cuyo alcance los distancia.

En el ensayo de 1988 llamado “James Joyce and Humpty Dumpty”, Davidson analiza la operativa de Joyce, a quien adjudica el haber desafiado la concepción apriorística del significado²⁶⁸. Al haber movido el centro de la energía creativa del artista al “entre” el escritor y la audiencia, Joyce nos deja en medio de una especie de exilio verbal donde estamos obligados a compartir toda aniquilación del sentido y a crear –no desde la nada– un nuevo lenguaje. Lo que Davidson explica apelando a las mismas palabras de Joyce: *flying by the net of language*. Inmediatamente esto nos remite a la tesis deleuziana del balbuceo, o de la experiencia de constituirse en extranjero en la propia lengua como la estrategia de resistencia frente a la función consignativa del lenguaje. Davidson admite que toda acción comunicativa implica este exilio verbal, esta situación de necesaria co-creación. Dice de Joyce haber logrado llevarnos al momento fundacional del lenguaje a esa jungla lingüística que nos implica en todo nuestro esfuerzo por sobrevivir.

Por su parte, Deleuze nos alerta frente a la necesidad de asumir el pensamiento como consecuencia de una violencia provocada en el encuentro con su afuera inmanente. No nos remite al momento fundacional entendido como una jungla lingüística, sino que nos compele a efectuar esa experiencia de extrema violencia en donde el pensamiento se enfrenta a su propia imposibilidad, a su vacío y entonces, a la necesidad urgente de crear.

268 Cf. Davidson, Donald, *Truth, Language and History*, Nueva York: Oxford University Press, 2005, pp. 143-158.

Consideramos fundamental apuntar a una diferenciación que ambos autores efectúan, que los inscribe en la historia de la filosofía occidental pero a su vez los ubica en un lugar de fuga respecto de la misma. Y es la articulación entre lenguaje ordinario y lenguaje artístico, en este caso el literario. Allí reside, creemos, uno de los puntos que abren todo un horizonte de problemas que a continuación esbozamos.

Por parte de Deleuze (sin y con Guattari), se advierte su insistencia en diferenciar el lenguaje en su estado de estratificado y el estado de fuga²⁶⁹. Es en el arte en donde el lenguaje entra en una operativa de fuga, donde ninguna constante resiste y donde toda sintáctica, semántica e incluso pragmática —cuando esta apunta a interpretar—, se superan hacia una diagramática y a una maquina en donde se lleva a cabo la dinámica de líneas que no son sólo lingüísticas sino líneas vitales no orgánicas.

Mientras Deleuze considera fundamental distinguir entre el lenguaje ordinario y el lenguaje artístico —en este caso el literario—, Davidson sostiene sólo una diferencia de complejidad o de grado. Deleuze explica la diferencia considerando que el lenguaje ordinario se sostiene en consignas o en operaciones de estratificación que fundamentalmente pretenden detener el flujo o encuadrar las multiplicidades o convertir el acontecimiento en estado de cosas, mientras Davidson sostiene que la propia comunicación o intersubjetividad implica el principio fundamental de acuerdo al cual es posible el lenguaje.

§ 5. Comunicabilidad vs resistencia

Podemos advertir cómo la problemática deleuziana de la condición creativa del lenguaje —cuando se trata de literatura menor— se sitúa en los confines del debate lenguaje/realidad, cerca y lejos de la filosofía analítica de Davidson.

269 Remitimos al lector al capítulo “Balbué...”, de *Crítica y Clínica*, donde Deleuze aborda con detenimiento el tema del balbuceo y su implicancia en relación a la literatura como forma de resistencia (cf. Deleuze, Gilles, *Crítica y Clínica*, Barcelona: Anagrama, 1996, pp. 150-159). Además remitimos al capítulo “¿Qué es la literatura menor?”, de *Kafka. Por una literatura menor*, donde Deleuze y Guattari desarrollan con detenimiento la tesis acerca de la literatura menor como experimentación (cf. Deleuze, Gilles y Felix Guattari, *Kafka. Por una Literatura menor*, México D.F.: Era, 1978, pp. 28-44).

Cerca, porque ambos comparten el interés en resaltar la centralidad y la fecundidad de tal concepto. Centralidad que enfatizan ambos autores respecto de la condición creativa del lenguaje, ya que es allí donde se localiza el origen del conocimiento para Davidson, como el punto de inflexión o el diferencial del pensamiento en Deleuze. Exilio verbal al que Joyce nos remite como intérpretes y que Davidson refiere a todo uso lingüístico. Encuentro con el afuera inmanente o línea de ruptura que Deleuze adjudica como función artística y que diferencia del uso estratificado del lenguaje.

Fecundidad de la adjudicación de la condición creativa del lenguaje, sin la cual se derrumba para Davidson todo intento de teoría sobre las relaciones comunicativas y al final, toda teoría sobre el lenguaje. Sin inventiva no puede haber recursividad, que es donde se apoya la eficacia de la “convención T” como teoría descriptiva de la verdad, es decir, la tesis que sostiene que de un conjunto finito de reglas es posible producir un número infinito de enunciados según la situación y creencias del hablante. Fecundidad para Deleuze y Guattari porque al postular una concepción inmanente del conocimiento, una concepción basada en la experimentación y conexión se enfrentan a toda teoría interpretativa que para ellos suponen el desdoblamiento del sentido en propio e interpretado, o desdoblamiento del sujeto en sujeto del enunciado y de la enunciación. Y en este sentido denuncian la persistencia de la concepción del pensamiento y del lenguaje como reconocimiento o calco de la opinión doxática.

No obstante, hay una diferencia o un punto en el que ambos lanzan una alerta en torno a esta problemática. Davidson demuestra la condición creadora del lenguaje describiendo la operación de Joyce y extendiendo dicha descripción a todo uso lingüístico. Es decir, muestra que entre lenguaje ordinario y lenguaje artístico no hay diferencia de naturaleza sino de grado de complejidad. En este sentido la misma lógica descriptiva que se aplica a la situación comunicativa usual puede aplicarse en el caso de la producción e interpretación literaria. Mientras que Deleuze lo hace distinguiendo el uso lingüístico en literatura de toda semiótica del reconocimiento basada en la idea del uso concordante de las facultades sobre un objeto siempre el mismo para todas las facultades. Desde esta concepción del lenguaje a la que se enfrenta Deleuze (sin y con Guattari), un objeto-signo es reconocido cuando cada una de las facultades le otorga (como lo dado) una identidad y ellas mismas se reconocen a su vez en

esta identidad recuperada. En esta teoría, el “sentido común” es el encargado de regular la operación de identificación desde el punto de vista del yo y de la forma del objeto que le corresponde. En cambio, la literatura se constituye en resistencia, la escritura literaria, cuando es menor, alcanza, como dice Deleuze, una zona de indiscernibilidad, en donde es preciso desobedecer, no sólo a toda una maquinaria social o a las reglas de socialización, sino que —como en el caso *Bartleby*— es necesario arrastrar las reglas fuera o más allá del territorio que les presta el significado, más allá incluso de cualquier territorio de sentido. *Bartleby* atraviesa la ley o consigna repitiendo y avasallando a su alrededor con la fórmula “*I would prefer not to*”, trazando una línea que conecta, que ya no responde a la lógica de la caritatividad, y que entonces desbarajusta, alborota porque distiende a su vez los lazos. La desobediencia de *Bartleby* funda una nueva lógica que alcanzará no sólo a las teorías lingüísticas, sino que desbarajusta lo ‘políticamente reconocible’, porque la desobediencia de *Bartleby* no interpela, contagia.

Balbuceo, como le llama en otro ocasión, ser extranjero en la propia lengua, como Kafka y Beckett, son estrategias que para Deleuze operan de resistencia frente a las fuerzas estratificadoras que detienen el flujo deseante. Funciones de resistencia que se generan no sólo cuando se desobedece a la referencia sino a todo acto de lenguaje que procure comunicar, porque la comunicación supone ya la toma de poder de una gramática.

Davidson nos remite a la comunicabilidad del lenguaje como punto de partida de toda problematización del lenguaje, Deleuze a la función de resistencia. Dos propuestas que motivan un replanteo acerca de sus consecuencias ideológicas. Desde una teoría social del lenguaje que se sustente en la comunicación como escenario original de asunción del lenguaje, la teoría del lenguaje como función de resistencia incurriría en la operación de hipóstasis de una cierta esfera más allá del pensamiento o lenguaje, en este caso, la máquina abstracta, de la que no se daría cuenta de ninguna manera a la hora de la operación de descripción o corroboración discursiva.

Desde un punto de vista de la teoría del lenguaje como función de resistencia, sustentar la sociabilidad del lenguaje en la comunicación es incurrir en el encubrimiento de la función de consignación o estratificación que depende de la máquina abstracta, la que no es exclusivamente lingüística sino que

implica en su conformación componentes múltiples (biológicos, políticos, etc.). En este sentido lo que importa no es la corroboración –o instanciación discursiva del mundo– sino la experimentación. Es en la experimentación, en la experimentación en los límites del lenguaje, donde lo nuevo emerge. Es allí, donde, en rigor, el lenguaje en su condición de social y creativo emerge.